



## ¿Cerrar el Zoológico Nacional Simón Bolívar?

..... || **Gisela Vico** .....

Abogada y especialista en bioética. Presidenta de la Asociación Nacional Protectora de Animales (Anpa) (gvico@anpacostarica.org).

 **F**ui invitada a escribir sobre el Zoológico Simón Bolívar y gustosa acepté, considerándolo una tarea fácil, pero extrañamente no fue así. Hice varios intentos, hasta recordar y reflexionar sobre una experiencia de hace varios años, cuando un mono aullador penetró en nuestra casa en la playa.

Como si fuera ayer, recuerdo el canto del mono rompiendo el silencio de la soleada mañana en la costa pacífica. El sonido de las ramas de los árboles quebrándose y el roce del animal con las hojas parecían darle vida a un paisaje que solo minutos antes estaba dormido. De pronto, el mono estaba apenas a unos metros de la terraza, no, ya estaba dentro de la casa.

La perrita que suele acompañarme en las vacaciones se sorprendió con el extraño animal; no parecía cómoda con su presencia y mucho menos con el amigable acercamiento del pequeño, que estiraba las manitas para acariciar su pelaje. Yo no entendía bien lo que estaba sucediendo. El conocimiento a priori que manejo no me permitía ver como normal la interacción tan natural entre dos especies animales tan



Volver al índice

distintas. Mi primera reacción: velar por el sujeto que tiene mayor valor sentimental para mí, ¿era egocentrismo? Seguramente. ¿U obligación moral? Quiero creer que sí. ¿O era obrar justamente? ... Vaya dilema.

Mi perra, ya en brazos, seguía siendo mirada por el mono con mucha curiosidad. Seguramente, en ese momento yo también era un animal más que captaba la atención del visitante. Preferí

evitar mayores sorpresas e invité con gestos al mono a salir de la casa. Regresó por donde vino, pero permaneció observándonos desde los árboles. Se notaba su ansia por volver a entrar, y su deseo de contacto físico con algún animal “casero”, humano o perro, aumentaba conforme pasaban los días.

El mono aullador se encontraba solo, sin familia. Me contaba una amiga veterinaria, cuya pasión es esos primates, que la soledad les impulsa a buscar compañía, aunque esto signifique relacionarse con especies que en otras condiciones representan una amenaza para ellos. El mono nos acompañó varios días, con un comportamiento crecientemente insistente. Los humanos a su alrededor sentimos sus constantes acercamientos



Gregory Basco. Mono congo-aullador (*Alouatta palliata*)

como la expresión de la clara necesidad de hacer una nueva manada.

Pero surgen nuevas preguntas: ¿Es seguro para el mono aullador relacionarse con animales tan distintos a su especie? ¿Puede afectar su vida el hecho de socializar, aunque sea por poco tiempo, con animales humanos? ¿Es normal para él incorporar elementos, estructuras y costumbres de los animales humanos en su rutina de vida? ¿Es mejor impedir que esa cercanía y relación prosperen? ¿Es el mono aullador un riesgo para la salud de los humanos? ¿Qué sucederá con él si se le permite ingresar a la rutina humana? ¿Cuáles son las alternativas para ese mono aullador? Desde un enfoque completamente *especieista* se podrían resumir las respuestas en solo dos



Gregory Basco. Mono congo-auullador (*Alouatta palliata*).

opciones: matarlo, como hacemos con tantos seres que nos incomodan, evitando así posibles problemas; o depositarlo en un zoológico o centro de rescate de vida silvestre para que viva bajo nuestro control.

Y así caemos en el Zoológico Nacional Simón Bolívar, donde cada animal encerrado tiene su propia historia: desde que cruzó la delgada línea que lo hizo pasar de invisible o inalcanzable para el animal humano, hasta su condición de presa y víctima que “necesita” intervención. Algunas de esas historias deben estar manchadas de sangre y terror, otras serán románticas, las habrá de carácter económico y, seguramente, también más de alguno dirá que fue motivo de alegría y constituyó una fiesta la inclusión del animal en la colección.

Pero lo cierto es que, por más que el Zoológico Simón Bolívar se promueva como un centro de educación e investigación, lo que él refleja es el clarísimo fracaso de los animales humanos en respetar a *el Otro*. El constante afán de controlarlo todo, de mostrarse superior ante seres considerados inferiores, con autonomía restringida y, para consuelo de muchos, víctimas de las circunstancias, pareciera ser la excu-

sa perfecta para enjaular animales que tenían su vida muy bien definida antes de que entráramos nosotros en el cuadro.

Los defensores de los zoológicos ven con buenos ojos darles una “segunda oportunidad” a esos animales que, como afirman muchos, no tenían otra opción: o se les recibía o morían. Pero no me siento satisfecha con minimizar el futuro de un animal silvestre hasta tan banal afirmación; para aceptarla tendría que conformarme con vivir tras el velo de la ignorancia.

En su página web (<http://fundazoo.org/web/>), el Simón Bolívar manifiesta que, alrededor de 1921, su “propósito era conservar especies en peligro de extinción y servir como instrumento educativo al propiciar la investigación científica”. Pero, en 1994, cuando pasó a ser administrado

por la Fundación Pro Zoológicos, afirma que su misión es “educar para conservar”. Luego, lista una serie de objetivos específicos, entre los que hay varios muy aceptables, hasta llegar a este: “Mostrar y mantener una muestra representativa de la vida silvestre nacional”. Pero ¿con qué fin? ¿Con el de educar para conservar? ¿Se puede educar manteniendo una colección de animales silvestres para diversión de sus visitantes? ¿Es eso conservar?

La creciente necesidad del animal humano de vivir sobre asfalto, y entre cemento y rejas, no justifica traer a los animales silvestres al mundo de concreto, para que todos tengamos la dicha de conocerlos. Recordemos que esta limitación ante lo verde no es impuesta, ha sido voluntaria y otros animales no debieran pagar las consecuencias. Educar se hace con la verdad y no dando un mal ejemplo. ¿Qué puede enseñar el Zoológico Bolívar sobre monos, cuando lo que muestra es cómo viven encerrados, con limitaciones, condenados a cadena perpetua, con su ánimo comprometido? Para enseñar sobre su comportamiento no hay que mantenerlos prisioneros, ni es siquiera necesario tenerlos; vastas literatura y videos muestran sus vidas reales en su hábitat. Mantener animales no humanos en condiciones tan deplorables, sacrificando sus futuros para ofrecerle al público una

“muestra representativa de la vida silvestre nacional”, debiera ser prohibido.

Pero volviendo a nuestro mono aullador y al dilema de cómo comportarnos ante él: Partiendo de que a los animales silvestres debe respetárseles su libertad y su derecho a desenvolverse de acuerdo a su estado natural, la opción, hipotéticamente planteada, de eliminar al mono aullador debe ser rechazada de inmediato. Igualmente, la de capturarlo y depositarlo en un zoológico o lugar de atención especializada, aunque algunos argumenten que esas instituciones garantizan a los animales alimentación y convivencia con individuos de su especie —en vez de que queden libres a merced del animal humano que los acecha—. Entonces, la alternativa era dejar al mono en su ambiente y evitar, hasta donde fuera posible, irrumpir en su vida natural. Trasladarlo a un lugar mucho menos habitado, donde sus posibilidades de rehacer una manada con los de su especie fueran mucho más altas.

No obstante la necesidad de tomar en cuenta un sinnúmero de circunstancias variadas y de valorar el caso de cada animal en particular, la respuesta a situaciones similares a las del mono aullador ha de ser no encerrar a los animales silvestres. En consecuencia, los zoológicos no debieran existir, y podríamos comenzar por cerrar el Simón Bolívar.